

CAPÍTULO 3

Estrategias conceptuales en el abordaje de la alteridad

*María Alejandra Waisman, Alfonsina Verónica Albertí
y María Florencia Rispoli*

Introducción

El presente capítulo se propone problematizar las limitaciones del modelo de la diversidad para analizar la alteridad. Esto es, visibilizar que gran parte de las diferencias que encontramos entre personas y grupos se deben tanto a la diversidad cultural como a la desigualdad.

Las sociedades contemporáneas constituyen un entramado complejo de relaciones sociales y formas de clasificación, de jerarquización, de visibilización de ciertos colectivos y de invisibilización de otros. Nos estamos refiriendo a clasificaciones de la alteridad, a las definiciones de *nosotros* y los *otros*, que implican una pugna de sentidos que se da en el contexto de relaciones sociales asimétricas. Resulta de fundamental importancia comprender que existen *usos de la diversidad*, por lo que la construcción de la *diferencia* está fuertemente articulada con la *desigualdad social*. De este modo, la variabilidad, debe ser entendida como una compleja interseccionalidad entre diversidad y desigualdad. El capítulo se organiza en tres apartados centrados en los siguientes interrogantes: ¿qué es la alteridad?; ¿qué es la desigualdad?; ¿cómo opera la interseccionalidad diversidad/desigualdad?

Diversidad, variabilidad, alteridad, interseccionalidad son conceptos, ahora bien ¿qué son los conceptos? Son herramientas analíticas para comprender y explicar cierto “recorte” o selección que hacemos de algunos aspectos de la “realidad social”. Estas herramientas de análisis son indisociables de un marco teórico específico, del cual se desprenden y que implica una determinada visión e interpretación del mundo. Al mismo tiempo, aquellos aspectos de la “realidad” que problematizamos para abordar, comprender y explicar se van transformando a lo largo del tiempo, lo cual exige que los conceptos también se vayan actualizando al compás de las transformaciones históricas.

Entonces, bajo estos lineamientos, buscamos presentar herramientas conceptuales para analizar los procesos sociales de construcción de alteridades. Para ello en el primer apartado apelamos a un ejercicio de *extrañamiento* de nuestra realidad nacional contemporánea a partir de su historización para recuperar la noción de alteridad. En el segundo apartado nos centraremos

en recuperar aquellas diferencias que se originan en nuestro desigual posicionamiento en la organización social. Por su parte, en el tercer apartado problematizamos la interseccionalidad en dos casos de indagación referidos a sectores subalternos del mundo rural argentino. Finalmente, cabe aclarar que en todo momento nuestro objetivo será reflexionar críticamente sobre la acumulación de desigualdades en el marco de estructuras de opresión múltiples y simultáneas.

¿Qué es la alteridad?

Partimos de considerar que en los procesos sociales de interacción, es decir, en el desarrollo de la vida misma, los seres humanos somos capaces de reconocernos como personas diferenciadas de otras, y al mismo tiempo nos ubicamos como integrantes de algunos colectivos, de ciertas categorías sociales, etnias, culturas y grupos de referencia. Por ejemplo, podemos reconocernos como estudiantes universitarios/as, bisexuales, *queer*, mujeres, varones, trabajadoras/es, horticultoras/es, tareferas/os, argentinos/as, jóvenes, adultos/as, mbya-guaraní, evangélico/as, judías/os, “triperos”, “pincha ratas”, entre tantas otras. Aquellas personas con quienes sentimos lazos de igualdad en el plano simbólico o material constituyen la categoría *nosotros*. En las interacciones, simultáneamente, reconocemos que otras personas son diferentes a nosotras y nosotros, y las adscribimos a otras categorías sociales. Las identificamos como otros y otras. Como dice Chiriguini (2005) a este *reconocimiento de la diferencia*, a este proceso de extrañamiento se lo denomina *alteridad*.

El encuentro con la alteridad puede desencadenar la experiencia social del extrañamiento. El concepto de extrañamiento es uno de los que caracteriza la mirada antropológica, uno de los rasgos que distingue a la disciplina y que constituye una estrategia teórico-metodológica de abordaje y análisis de la vida social³³. Al no ser “nativo” en las prácticas sociales de las poblaciones que estudia, el/la antropóloga experimenta el “extrañamiento” que surge de la tensión entre ser miembro de un sistema social y cognitivo, que entra en relación con otro sistema social y cognitivo e intenta transformar lo exótico (o desconocido) en familiar. Sin embargo, en este capítulo, nos interesa especialmente recuperar la estrategia del extrañamiento en su sentido contrario: apropiarnos de su “inversión analítica”, o sea, estudiar “la propia sociedad” convirtiendo lo familiar en exótico, desnaturalizarlo (Lins Ribeiro, 1989)³⁴.

Durante la historia de la humanidad, en diferentes momentos y circunstancias, representantes de distintos grupos sociales entraron en contacto y en esos encuentros subyacía una pregunta sobre la alteridad, sobre *los otros*; “de acuerdo con las clasificaciones muchas veces

³³ Puede ampliarse el lugar del extrañamiento en la constitución de la Antropología como disciplina en el texto “El campo de la Antropología” (Ringuelet *et al*, 2013).

³⁴ Tal como lo plantea Lins Ribeiro, el concepto de extrañamiento también puede acercarse al de “conciencia práctica” propuesto por el sociólogo A. Giddens.

testimoniadas a lo largo de la historia de tales contactos, podía tratarse aquí tanto de seres vivos *infrahumanos*, por ejemplo, de una variedad de animales especiales, como también de seres *suprahumanos*, tales como espíritus, demonios o dioses. *El paso decisivo en esta reflexión consistía siempre en ver a otros seres humanos como otros*” (Krotz, 1994). Con esto Krotz se está refiriendo a encontrar como iguales -como partícipes de la misma naturaleza humana- a seres humanos totalmente “diferentes”.

Aunque el reconocimiento de la alteridad es inherente a la dinámica de los grupos humanos y sus contactos, es posible reconocer un momento histórico en el que la explicación sobre las diferencias culturales pasa a ser objeto de interés tanto científico como político. Con el desarrollo y la imposición de la sociedad industrial europea se dio la expansión del modelo socioeconómico, político-institucional y simbólico-cultural de la modernidad industrial occidental hacia el resto del mundo. Como veremos más adelante en este texto, los contactos se volvieron estructurantes de la organización social y se consolidó una articulación del espacio planetario de acuerdo con una estructura internacional de división del trabajo que traspasa las fronteras políticas y culturales (Wolf, 2005; Wallerstein, 1984; Worsley, 1984). En este marco se volvió una necesidad “explicar” las diferencias culturales que la expansión de occidente ponía de relieve. Mientras que la Sociología se constituye como la ciencia focalizada en dar cuenta de la sociedad occidental, por su lado la Antropología será la disciplina que se abocará a la explicación de aquellos “otros” sobre los que la propia sociedad occidental se impone (Hintze, 1987; Lischetti, 1994).

Entonces es la Antropología la disciplina que toma como objeto de estudio la alteridad. La pregunta sobre quiénes son y cómo explicamos a esos “otros” deja de ser sólo una inquietud humana general e inherente a la situación de encuentro entre grupos diversos para estar formalizada en un campo particular de la producción de conocimiento. En un contexto de consolidación del conocimiento científico occidental la “alteridad” se vuelve una categoría de análisis científico (Krotz, 1994).

La existencia de respuestas humanas diversas

Frente a la pregunta ¿qué es la alteridad? presentamos una *herramienta conceptual* central de la “mirada” antropológica: el concepto de “cultura”. La formulación de este concepto dentro de la disciplina antropológica ha permitido comprender la unidad y diversidad del género humano.

Como concepto antropológico clásico³⁵, la noción de cultura permitió caracterizar la alteridad por la particularidad; o sea, rescatar la singularidad de los diferentes grupos humanos sin que estas diferencias implique una posición en una escala o jerarquización. Esta noción de cultura

³⁵ Existen numerosas periodificaciones del desarrollo de la antropología como disciplina. Hacemos referencia de un modo general y llamamos antropología clásica a aquella que corresponde al momento de consolidación teórico de la disciplina y que, más allá de las particularidades teóricas que asume, se caracteriza por fortalecer la noción de diversidad cultural en contraposición a posturas evolucionistas.

nos faculta a pensar y revalorizar la diversidad cultural (García Canclini, 1985; Rosaldo, 1991; Menéndez, 2010). Desde esta perspectiva la cultura es entendida como contraposición a la categoría de naturaleza, todos los grupos humanos son portadores de cultura, la forma que el modelo cultural asume en cada grupo es único y tiene sentido en sus propios términos. Se extiende la interpretación por la cual se considera que a cada sociedad le corresponde una cultura. Así, cada sociedad estaría cohesionada por las normas y los valores de su configuración original, sostenida e inteligible únicamente en sus propios términos y no en relación con otras configuraciones. Las virtudes de este modelo son invaluable. Gracias al desarrollo del concepto antropológico de cultura toda la humanidad pasa a ser entendida como portadora de cultura, todas las actividades, prácticas y creencias -incluso aquellas que se nos presentan como extravagantes, exóticas o condenables- son formas y expresiones culturales de las sociedades humanas. De aquí el mérito de esta noción para sostener y valorizar la diversidad humana. Gracias a este concepto de cultura puede atenderse a la diversidad concreta de las culturas revalorizando el papel de las particularidades³⁶.

Sin embargo, este modelo encuentra limitaciones tanto en términos teóricos como éticos y políticos (García Canclini, 1985). La antropología desarrollada respondiendo al modelo denominado clásico, tendió a explicar a los integrantes de las sociedades objeto de su estudio (o sea aquellos colonizados) como miembros de una cultura armoniosa, internamente homogénea y estática (Rosaldo, 1991). Este énfasis en los modelos compartidos tiende a subestimar los procesos de cambio, las inconsistencias internas, los conflictos y las contradicciones en busca de ficcionalizar una idea de homogeneidad cultural. Además, saca de foco el interés en interpretar las zonas de contacto o solapamiento cultural, favoreciendo la visión de las sociedades/culturas consideradas como unidades discretas, claramente identificables en sus límites.

La alteridad en la configuración del Estado Nación: entre la opresión y la resistencia

En este punto, para ejemplificar, proponemos realizar un ejercicio de *extrañamiento* a partir de problematizar la idea de "una Argentina". Argentina es un país con una heterogeneidad sociocultural muy vasta que queda invisibilizada bajo el imaginario hegemónico europeísta impulsado y sostenido desde su conformación como un Estado-Nación independiente. En la actualidad, hay aproximadamente cuarenta pueblos originarios con alrededor de un millón de integrantes sobre una población total de unos 45 millones de personas. Con una menor presencia demográfica que otros estados latinoamericanos, e invisibilizados durante mucho tiempo, "los pueblos

³⁶ Un paso más adelante en este sentido está dado por la propuesta de Geertz, quién plantea recuperar el papel de la diversidad -de un modo fuerte y no esencialista- como constitutivo de lo humano y de las culturas, este autor sostendrá que "la humanidad es variada en su esencia como lo es en sus expresiones" (Geertz, 1973, p.45).

originarios son parte fundamental de nuestros orígenes y de la realidad actual en muchos ámbitos locales” (Balazote y Valverde, 2020, párrafo 7).

Históricamente, la construcción social de una identidad nacional, de un “nosotros” argentino resultó excluyente de las heterogeneidades previas, entre ellas la de los pueblos originarios que pasaron a estar desigualmente integrados en esta conformación del Estado-Nación. En este sentido, podemos pensar el lugar que ocupó la diversidad desde la perspectiva de los mundos del trabajo al integrar a los sujetos y grupos a una posición determinada en la conformación de los inicios de la nación y en ‘la ubicación de ésta en la estructuración sistema-mundo moderno (Wallerstein, 1984; Mignolo, 2003; Segato, 2007; Quijano, 2013)³⁷. Lenton y colaboradores (2011) señalan que, al finalizar las campañas militares de fines del siglo XIX para la integración nacional el destino para la mayoría de los miles de indígenas vencidos fue sumarse al Ejército o la Marina, e integrarse al trabajo en haciendas, ingenios u obrajes. Para las mujeres y los niños, el servicio doméstico rural o urbano³⁸. Estructuración que marcó la alteridad: por un lado, la incorporación de las poblaciones y heterogeneidades en la conformación del incipiente Estado-Nación argentino; por otra parte -pero simultáneamente-, la incorporación del propio Estado-Nación desde un lugar subordinado al sistema mundo.

En la conformación del Estado-Nación las etnicidades fueron puestas al servicio de la constitución de este. El horizonte de una nación posible surgió a partir de una alianza de pueblos administrada por un Estado pluricultural: la extendida visión de la conformación del país como “crisol de razas”, es decir, la fundición de los pueblos constitutivos en *una nación unitaria*. Segato propone la idea de “terror étnico” para referirse al “patrullaje homogeneizador por parte de las instituciones y el trabajo estratégico de una elite portuaria e ideológicamente eurocéntrica en el control de un Estado para ‘nacionalizar’ una nación percibida como amenazadoramente múltiple en pueblos, y extranjera” (Segato, 2007, p. 30). Esto es, en el desarrollo y consolidación del Estado-Nación se trabajó en favor de homogeneizar la diversidad, se modeló al sujeto nacional en base a un perfil europeizante, despojando toda particularidad nativa.

En esa búsqueda de la configuración de un sustrato nacional homogéneo por parte los pensadores y políticos que definieron el ideario nacional en sus orígenes³⁹, también quedaron invisibilizadas las particularidades de aquellos individuos y grupos migrantes. Ratier (1972) nos

³⁷ Afirma Lenton (1999) que la constitución de 1853 declara implícitamente a los indígenas como extraños a la nacionalidad, sin ser alcanzados siquiera por la libertad de cultos de aquellos “otros internos” como los extranjeros.

³⁸ En nuestro país, a los primeros estudios antropológicos el Estado les asignará el objetivo de registrar las distintas sociedades alejadas de los centros urbanos para conocer el potencial de éstas que puede ser utilizado a la hora del trabajo. “Se tendrá en cuenta entonces la talla, el peso, la contextura física, la proporción de varones, la cantidad de hijos de cada mujer, las formas por la que los niños van siendo considerados por esa sociedad ya adultos (y por lo tanto responsables del sustento del grupo familiar), las prácticas cazadoras/recolectoras y/o las agropecuarias, así como las habilidades manuales en las actividades propias de lo que se conoce como artesanía (Lewin, 2006, p.48).

³⁹ Téngase como referencias la Constitución Argentina del año 1853 que plasma el pensamiento de J. B. Alberdi y la Ley de Inmigración y Colonización de la República Argentina N° 817, conocida como Ley Avellaneda.

relata como el encuentro en los “conventillos” porteños⁴⁰ de “gringos”, “turcos” y “gallegos” era el resultado de una política de poblamiento conducida desde la organización nacional que introdujo en el país desde 1860 a 1930 unos 6 millones de personas. Aunque no fueron anglosajones como soñaba Alberdi, sino con el predominio de latinos europeos (españoles e italianos) y -en menor medida- población de origen oriental, árabe y judía. La panacea europeísta constituye una larga tradición que coincide con los intereses de las grandes potencias de la época. En los años cuarenta del siglo XX, las percepciones legitimadas coincidían sobre la conformación de un “tipo nacional” en el que se habría producido cierta mezcla y homogeneización entre los nativos y los inmigrantes. En esa década se crearon políticas de estado concretas con proyectos de inmigración con vistas a lograr una nación homogénea buscando incorporar población que fuera “apta” para trabajar en nuestra nación y “asimilables”. Analizando las especificidades de un período posterior -la década del 90 del siglo XX- Villalón (1999) sostiene que la tradición inmigratoria argentina tuvo como denominador común en todas las épocas el interés por una inmigración seleccionada y por lograr una nación homogénea, aunque variando el criterio de selección y los modos de resolución.

Con este brevísimo ejercicio de extrañamiento ponemos de manifiesto la complejidad de la supuesta homogeneidad sobre la “argentinidad”. Reconocemos también que, a pesar de las múltiples formas de homogeneizar la diferencia, la diversidad, ella resiste. Segato (2007) al pensar las “formaciones nacionales de alteridad” -refiriéndose a las representaciones hegemónicas de nación que producen realidades- llama la atención sobre que las formas en que se construye al “otro” son intrínsecas y guardan relación con la historia de cada formación nacional. De este modo, la forma en que se construye la alteridad y se dan los procesos de racialización y etnicización⁴¹ están marcados por el Estado (en un lugar privilegiado, pero no exclusivamente) en esa construcción. Además, esta autora plantea que, en tanto formadoras de alteridades estas formaciones nacionales no son estáticas ni definitivas, sino que están geográfica y temporalmente situadas. ¿Cómo reaparece entonces la diversidad en el Estado-Nación? Al reconocer la historicidad y capacidad de transformación de estas formaciones también se pone de manifiesto el resurgimiento de las fracturas y de las alteridades resultado de la convivencia en un determinado contexto nacional que posibilitan la rearticulación identitaria⁴². Podemos también traer presente el sentido que le da García Canclini (1985) al etnocentrismo

⁴⁰ Denominación que se le dio a las casas de alquiler colectivo en la que convivían numerosas familias y/o hombres migrantes que necesitaban alojarse al llegar a Buenos Aires.

⁴¹ Con racialización y etnicización nos referimos a la inscripción de “marcas” o estigmas derivados del sistema colonial europeo. Esta marcación suele erigirse en torno a rasgos fenotípicos, como por ejemplo el color de piel, junto a otros referidos a prácticas culturales. Estas marcas se convierten en signo e imponen su significación -históricamente construida por la dominación colonial- en el desprecio, la explotación y la violencia a la que son sometidos los grupos no europeos.

⁴² Véase, por ejemplo, en Maraggi (2020), la articulación de redes políticas mapuche en torno a la conflictividad por el territorio en Neuquén. A partir de la intensificación de la explotación de hidrocarburos, podemos reconocer la rearticulación identitaria a partir de fracturas históricas respecto a los pueblos originarios en relación a la instauración del capitalismo y del Estado- Nación en la región.

positivo -ese sentimiento y valoración positiva de las normas, valores y costumbres del propio grupo pertenencia- por medio del cual los grupos, etnias y naciones oprimidas reivindican (y ponen en acción en el plano político) sus diferencias frente al lugar homogeneizante y la posición de alteridad/subalternidad que ofrece el desarrollo del Estado-Nación asociado a la constitución de la transnacionalización de la economía y la cultura.

Los usos de la diversidad: disputas de sentido en la organización de la diferencia

En la construcción social de la alteridad se organizan usos de la diversidad: la diferencia cultural puede ser utilizada para intentar subordinar y dominar a grupos subalternos.

En los procesos sociales de interacción se construyen representaciones sociales sobre “los otros” que enmascaran y ocultan diferencias internas. Se elaboran representaciones simplificadas a partir de ciertos rasgos que son seleccionados de la práctica social y que tienden a homogeneizar las categorías de alteridad. Se los ubica con relación al “nosotros/as” visibilizando o invisibilizando alternativamente nuestras características y las de “otro grupo” valoradas como positivas y/o negativas en función de los intereses en juego. Para Perrot y Preiswerk (1983) el estereotipo se compone de dos elementos: la simplificación y la generalización. A través del primero, la realidad es simplificada en la elección de elementos específicos, omisiones conscientes y olvidos. Por la generalización una misma categoría es definida según un grupo de conceptos, sin reflexionar sobre las excepciones, “cuando se ha visto a uno se ha visto a todos”.

Ejemplificamos estos procesos a partir de la investigación de Iñigo Carrera (2013) sobre los trabajadores indígenas en el chaco argentino. La autora recupera algunos de los sentidos estigmatizadores con el que son considerados los trabajadores del pueblo *qom* por parte de los funcionarios estatales y otros productores criollos chaqueños. Frente al reconocimiento de la alteridad con respecto a los indígenas, establecen una proyección estigmatizante sobre la práctica de “marisca”⁴³, esencialización de un rasgo, y estigmatizando su sentido al atribuir que la población *qom* hace extensiva esta práctica al espacio urbano “recolectando en las oficinas públicas”⁴⁴. La autora explora los modos en que se diferencian, contraponen y complementan los sentidos de “marisca” y “trabajo” para indígenas y criollos en un momento histórico en que la población *qom* ha sido excluida de su condición de posibilidad histórica de reproducir su vida en el monte. Al mismo tiempo son desigualmente integrados en el sistema capitalista y en la lógica del estado nacional, al no ser fácticamente considerados como ciudadanos con pleno derecho.

También podemos reconocer los usos de la diversidad cuando, como sostiene Mallimaci Barral (2019) desde el sentido común -y desde las declaraciones de funcionarios estatales

⁴³ Hace referencia a la caza de animales silvestres, pesca, recolección de frutos silvestres y miel.

⁴⁴ En referencia a la búsqueda por planes sociales, o beneficios sociales.

sobre ciertos contingentes extranjeros- se construye la imagen de una “buena inmigración”. Con esto se hace referencia a una inmigración, por ejemplo, trabajadora, inocente o calificada, que recuerda el relato sobre la migración europea frente a una “mala inmigración” considerada abusiva, cercana al delito, lejana al trabajo, que es la costosa. Rescatando que no es la idea de extranjería la que está puesta en duda, sino la de algunos/as inmigrantes cuya potencial ilegalidad se solapa de manera demasiado explícita con ciertos orígenes de clase, étnicos y raciales (Mallimaci Barral, 2019).

En torno a los usos de la diversidad resulta interesante ubicar los aportes de pensadores como Wallerstein (2004) y Quijano (2013) para pensar los mundos del trabajo y el lugar que la construcción de la alteridad juega en la estructuración de la organización capitalista de la sociedad. Estos autores problematizan el papel que tiene el racismo⁴⁵ y el sexismo⁴⁶ para legitimar que a un segmento importante de la fuerza de trabajo se le asigne una remuneración muy inferior a la que podría justificarse por criterios absolutos de trabajo realizado.

La *diversidad* no debe comprenderse como un mapa esencializado y trascendente de diferencias, ya que el reconocimiento de las diferencias culturales depende estrechamente del contexto social. Al mismo tiempo, destacamos que ese reconocimiento las diferencias puede ser usado, también, por los propios grupos para reivindicar los derechos colectivos en el sentido ya explicitado sobre al etnocentrismo positivo. Finalmente, reforzamos la idea de que, en torno al reconocimiento de la alteridad y la diversidad cultural -y de sus valoraciones- se producen disputas de sentidos. Estas luchas por los sentidos atribuidos a las diferencias culturales no son ajenas al marco de relaciones sociales por las que circula el poder. Como veremos en el apartado siguiente la desigualdad y el poder son características centrales que estructuran la sociedad. Las valoraciones de grupos reconocidos e identificados como “otros” no son independientes de las relaciones de poder.

¿Qué es la desigualdad?

Tal como hemos analizado, muchas de las diferencias entre los seres humanos se originan en sus diversas pertenencias culturales. En este apartado, vamos a complejizar nuestra mirada acerca de la realidad, tratando de visibilizar que hay diferencias que se originan en nuestro desigual posicionamiento en la organización social. Esto es, no vamos a hablar de diferencias equivalentes, sino de desigualdad de posiciones (asimetría) que favorecen u obstaculizan el acceso

⁴⁵ Aunque sin fundamento científico, la noción de raza (extensiva al origen o al "color" en contraposición a "blanco") ha servido como una categoría de clasificación social básica de la población a nivel mundial, asociada al capitalismo, y eficaz para la dominación y la ubicación de amplios conjuntos sociales en lugares subordinados de la estructura productiva.

⁴⁶ El sistema sexo/género también ha servido y sirve como una forma de clivaje que permite ubicar a otro gran conjunto poblacional de modo subordinado en el mundo del trabajo. En este sentido los cuerpos que se alejan de aquel establecido simbólicamente (y políticamente) como norma (históricamente los identificados como masculinos) son discriminados.

a los bienes económicos y simbólicos. Para ello es necesario introducir algunas herramientas conceptuales que nos permiten analizar la realidad en este sentido: desigualdad social, sistema capitalista y globalización.

Si bien en todas las sociedades existen formas de desigualdad -tal como ha sido planteado por Attademo (2013)-, en el marco del sistema capitalista la misma se organiza en torno a la división en clases⁴⁷. Esto significa que, en los procesos socioeconómicos de producción, circulación y consumo de bienes, hay individuos propietarios de medios de producción y otros que sólo cuentan con su fuerza de trabajo, que venden a cambio de un salario. Tal como lo plantea García Canclini (1984), las clases sociales no se diferencian sólo por su participación en la producción, sino por su diferenciación en el consumo. Esto es, por la manera en que logran acceder a diferentes tipos de recursos: ingresos monetarios, alimentación, salud, educación, vivienda y otras necesidades básicas; pero también el acceso a los bienes artísticos, científicos y de la moda, entre otros.

Aunque las ideas marxistas sobre la división en clases son un referente indispensable para comprender la estructuración de la asimetría y la desigualdad en el sistema social capitalista, hay que tener en cuenta que han sido revisadas y complejizadas por innumerables autores cuya discusión excede los límites de estas páginas. Sin embargo, nos parece interesante recuperar algunas cuestiones planteadas por Bourdieu (1989). Este autor analiza el mundo social como un espacio de relaciones (campos), fuerzas, capitales. Los agentes se definen por sus posiciones relativas en este espacio y la clase está dada por las posiciones vecinas. En este planteo la desigualdad de posiciones no se restringe a un plano economicista -que conduce a reducir el espacio social al campo único de las relaciones de producción económica-sino que y amplía la noción de capital entendiéndolo en una diversidad de dimensiones: capital económico (volumen de posesiones o riquezas), cultural (ligado a conocimientos, ciencia, arte y que estaría en la base de las desigualdades en las *performances* escolares), simbólico (prestigio, legitimidad, autoridad, reconocimiento) y relacional (suma de recursos, actuales o potenciales, correspondiente a un individuo o grupo, en virtud de que éstos poseen una red duradera de relaciones, conocimientos y reconocimientos mutuos más o menos institucionalizados) (Bourdieu y Wacquant, 1995; Gutiérrez, 1997). La posición de cada uno de nosotros en el espacio social depende de la acumulación y combinación particular de estos diferentes tipos de capitales. El capital puede existir en estado objetivado (propiedades materiales) o en estado incorporado (por ejemplo, el capital cultural en la forma del grado educativo alcanzado).

La posición social no se elige, se impone

No elegimos nuestra posición social. La distribución desigual de estos capitales en el espacio social no es obra de la voluntad de los individuos. Más bien todo lo contrario: las estructuras

⁴⁷ Para un análisis más profundo del concepto de clase social, véase Attademo (2013).

sociales son independientes de las intenciones y de la conciencia de los sujetos, son anteriores y externas al individuo y lo obligan a actuar, lo coaccionan en determinada dirección e imponen ciertas condiciones de vida⁴⁸. Aquí sería oportuno hacer un ejercicio de reflexión crítica en torno a ciertas construcciones de sentido circulantes en el sentido común, que construyen el imaginario de igualdad de oportunidades. En función de estas significaciones, la acumulación de capitales sería el producto del mérito individual; se nos dice que el esfuerzo y la inteligencia es el origen de los privilegios de unos y de su falta en otros. De este modo, la desigualdad aparece legitimada como recompensa del esfuerzo personal y familiar.

Sin embargo, ¿Es correcto afirmar que la inserción económica depende exclusivamente de nuestra voluntad y esfuerzo personal? Este interrogante ha sido analizado en las ciencias sociales en función de la tensión individuo/estructuras sociales y trata de definir si los individuos gozamos de libre albedrío o nuestro comportamiento está condicionado socialmente. Como dijimos previamente: las estructuras sociales preceden al individuo, nacemos en determinado contexto socioeconómico, político, de género (como analizaremos más adelante), que condiciona nuestro accionar⁴⁹ y brinda la estructura de posibilidades en las que se desarrolla nuestra vida. No es lo mismo nacer bajo condiciones de vulneración y desventaja social que, por el contrario, haber nacido en el seno de una familia con privilegios y ciertos recursos asegurados (por ej., alimentación, educación, salud, etc.). Situaciones que, la hora de definir nuestra futura inserción laboral, otorga oportunidades desiguales. Una vez más, en función de nuestro posicionamiento en el espacio social, accedemos a desiguales recursos económicos y simbólicos. Sin embargo, contrariando esta analítica social crítica, las construcciones ideológicas fundadas en el voluntarismo individual promueven el imaginario de que con esfuerzo todo es plausible de ser conseguido; contribuyendo al objetivo de solapar la desigualdad intrínseca al sistema capitalista.

El sistema capitalista no puede sobrevivir sin desigualdades sociales: se trata de la lógica inmanente de tal sistema social. Esto es, las desigualdades no son simplemente el resultado de la acumulación del capital, sino que constituyen una necesidad, ya que son la fuente de toda riqueza. Como ya mencionamos, la desigualdad fundante es la apropiación de la propiedad privada de los medios de producción por unos (capitalistas) y su desposesión a otros que solo cuentan con la capacidad de vender su fuerza de trabajo a cambio de un salario (trabajadores);

⁴⁸ Aquí es pertinente señalar la doble estructuración de lo social: el ser humano produce y reproduce en su accionar las mismas estructuras que condicionan sus prácticas, constituye y es constituido en estos procesos sociales e históricos. Lo social es el producto de la praxis de agentes, como así también los agentes son un producto de lo social -entiéndase estructuras sociales objetivas-. En palabras de Giddens: "[...] es perfectamente correcto, desde luego, sostener que una sociedad no es la creación de actores individuales, y que las propiedades estructurales de sistema sociales sobreviven a los individuos. Pero esta estructura, o propiedades estructurales, o 'parámetros estructurales', sólo existen en tanto haya continuidad en una reproducción social por un tiempo y un espacio. Y esa continuidad, a su vez, sólo existe en las actividades reflexivamente registradas de actores situados -y a través de estas-, con un espectro de consecuencias buscadas y no buscadas (Giddens, 1995, p. 2).

⁴⁹ La práctica social no es autónoma: en la vida cotidiana actuamos y pensamos siguiendo estructuraciones que hemos internalizado en el proceso de socialización. Esto es, "la configuración de la práctica es aquí lo que los psicólogos han llamado tradicionalmente 'personalidad' o 'carácter'" (Connell, 1997, p. 36). Plantear la configuración de las prácticas es tal vez demasiado estático, las prácticas son creativas e innovadoras, se transforman a través del tiempo.

esto responde a procesos históricos que no pueden ser analizados en profundidad en estas páginas⁵⁰. Sin embargo, las desigualdades se han complejizado y profundizado a lo largo de la historia del capitalismo. Antes de explayarnos sobre esto, resulta pertinente abrir un paréntesis y explicitar que el modo de producción capitalista es un modelo económico entre otros posibles, que es una de las formas que ha asumido la transformación de la naturaleza y la producción de bienes indispensables para la reproducción humana a lo largo del espacio/tiempo. Se debe tener presente que responde a un origen político-económico, sociocultural e histórico específico y que sus formas actuales responden a una larga trayectoria histórica⁵¹. Su etapa más reciente ha sido denominada *transnacionalización* del capital y la cultura -en términos de García Canclini (1985)- o *globalización*⁵².

A su vez, debemos tener en cuenta que la desigualdad también experimenta un proceso de evolución histórica. Tomando como referencia el contexto argentino, ésta se incrementa de manera sostenida e irreversible desde la década de 1970 hasta la actualidad; con picos significativos en la hiperinflación de 1989-1991 y en la recesión de 1998-2003. Esto responde, en parte, a los efectos de la mutación del capitalismo y las transformaciones en el paradigma económico que lo sustenta en cada momento: de consensos en torno a un Estado de bienestar pasaremos a la hegemonía de las corrientes neoliberales. Así, durante los llamados “30 años dorados del capitalismo” -los que van de 1945 a 1975-, las desigualdades se habían aminorado⁵³ producto del crecimiento económico y la presencia de un Estado activo en políticas sociales. Sin embargo, desde mediados de la década de 1970 -en el marco de la Dictadura Militar-, pero sobre todo durante la década de 1990, la consolidación de corrientes neoliberales, la concentración del capital y el “achicamiento” del Estado, han conducido al incremento de la brecha entre los que más y menos tienen. Lo que se ha alterado a lo largo del siglo XX es la distribución de la riqueza en el seno de la puja distributiva⁵⁴. Ante una baja en la rentabilidad del capital, éste buscó superar

⁵⁰ En función de historizar el capitalismo, se afirma que su origen se sitúa en lo que Marx denominó “acumulación originaria”, es decir, el proceso separación entre productores y medios de producción en la transición del feudalismo al capitalismo (proceso que se extendió hasta mediados del S. XVIII). De este modo, la emergencia del modo de producción capitalista se funda en la expropiación por parte de la “clase capitalista” de las condiciones de producción: el acceso a la tierra, la propiedad de los medios de producción y de los saberes acumulados por campesinos y artesanos durante generaciones. Para profundizar esta historia puede recurrirse a Hobsbawm (1975).

⁵¹ Se pueden ampliar estas ideas consultando Chiriguini (2003).

⁵² El actual estadio del desarrollo del Capitalismo, que conocemos bajo el nombre de Globalización, se caracteriza por la presencia de grandes actores económicos concentrados que operan a nivel planetario buscando condiciones laborales y ambientales flexibles, a los fines de reducir costos de producción y maximizar sus ganancias. Este proceso, facilitado por la evolución de los medios de transporte, tecnológicos y de comunicación, tiene su correlato en el plano simbólico permitiendo acortar distancias y tiempos. García Canclini (1985) analiza estos procesos a partir de la idea de la “transnacionalización de la economía y la cultura”. Cabe aclarar que, frente a ciertas posturas que pensaron la homogeneidad cultural del mundo a partir de la expansión de las representaciones culturales occidentales, la diversidad cultural se ha resignificado y se ha integrado de manera sincrética en este proceso de globalización. Véase Chiriguini (2003).

⁵³ Si bien el camino argentino nunca alcanzó los niveles de cohesión que se logró en las sociedades industriales de los países “desarrollados”, cobra mayor relevancia si la comparamos con lo que siguió en el devenir de nuestra historia.

⁵⁴ El concepto de puja distributiva proviene del campo de la economía. Esta noción refiere a la disputa establecida por la distribución de la riqueza que se genera a través del proceso productivo. En el marco del sistema capitalista, los dueños

la crisis apropiándose de un mayor porcentaje de la riqueza social en el marco de la confrontación distributiva. Para esto, apeló a desmontar las conquistas laborales que las luchas obreras habían conseguido a lo largo del siglo. Esto significa que parte de la riqueza proviene de lucha por acaparar una mayor porción de la riqueza producida colectivamente (por el aporte de los medios de producción de unos y la capacidad de trabajo de otros). A su vez, el incremento de esta desigualdad y de la pobreza, lleva a que muchos sujetos deban aceptar⁵⁵ condiciones laborales precarias para lograr subsistir, lo que implica un abaratamiento de la fuerza laboral que redundará en mayores ganancias para la clase capitalista. La desigualdad está en la base de toda la riqueza e intrínseca al funcionamiento del sistema capitalista. Por lo que resulta pertinente cambiar el foco: el problema no es la pobreza, sino la riqueza que -para concentrarse- necesita de la expansión de la pobreza (Lucita, 2019). De acuerdo con un informe del CELS (2019) sobre la situación de nuestro país: "en los últimos años, la desigualdad social se incrementó y la protección social, el trabajo y el sistema de salud se debilitaron. Hoy, todos los indicadores muestran el deterioro de las condiciones de vida: hay más personas desocupadas, precarizadas e indigentes. Esta situación condiciona el ejercicio de derechos sociales y económicos en un escenario de conflictividad social, que además sufrió la represión y criminalización y de la protesta" (Orchani *et al.*, 2019). En este sentido, teniendo en cuenta el contexto de profunda desigualdad en que vivimos, ¿Cómo se explica la reproducción del sistema capitalista, a pesar de su desigualdad intrínseca y la irresoluble pobreza a millones de personas?

La legitimación de la desigualdad

El sistema capitalista desigual se sostiene a partir de su legitimación. Para comprender estas cuestiones debemos apropiarnos de una nueva herramienta conceptual: se trata de la noción de *hegemonía*. Este concepto elaborado por Gramsci hace referencia a un proceso de dirección política-ideológica-cultural, en el cual una clase o sector logra la reproducción de sus privilegios y el orden social desigual que le da sustento por medio del poder simbólico⁵⁶. Mediante construcciones ideológicas de sentido (que se alojan en el sentido común), se procura manipular a las clases explotadas para que otorguen consenso al orden social, presentándolo como "lo natural" y "lo dado". Se trata de un tipo de coerción "sutil" que disminuye la necesidad del ejercicio

del capital y los trabajadores confrontan para determinar qué porcentaje de la riqueza reciben. En esta puja distributiva, cada una de las partes lucha por incrementar la proporción de riqueza de la que se apropia.

⁵⁵ La noción de precariedad laboral, en líneas generales, hace referencia al proceso de deterioro en las condiciones laborales, hay varias definiciones en torno a este fenómeno, Rodgers (1992) propone cuatro variables para analizar la precariedad laboral: 1- Variable ingresos: el ingreso que percibe el/la trabajador/a no es suficiente para su propia subsistencia y la de su familia; 2- Inestabilidad laboral: un empleo es precario cuando el trabajador no tiene un contrato por tiempo definido; 3- La ausencia de cobertura social, el trabajador es precario cuando no recibe aportes jubilatorios, cobertura médica, etc. 4- El control de las condiciones de trabajo, las mismas son precarias cuando el/la trabajador/a no reciben equipamiento de trabajo adecuado, tiempos de descanso, condiciones de seguridad, etc.

⁵⁶ Para un análisis más profundo de la relación entre ideología y cultura, véase Archenti (2013).

de la violencia directa por medio de la represión. En este sentido, parte de la legitimación del orden capitalista vigente se obtiene ocultando la desigualdad con construcciones ideológicas como la "igualdad de oportunidades" previamente mencionadas y por pautas compartidas de consumo entre otras.

En este punto, queremos recuperar el interrogante que nos presenta García Canclini (1995): ¿qué papel cumple el consumo para construir hegemonía? Para responder esta cuestión, el autor nos introduce -en primer lugar- en un ejercicio de extrañamiento para desnaturalizar el consumo. Nos plantea que el consumo no tiene por única finalidad la posesión de un objeto o la satisfacción de una necesidad material, sino que busca también el intercambio de significaciones. En este sentido, es importante recuperar dos de sus postulados en torno al consumo. Por un lado, reflexionar sobre el consumo como lugar de diferenciación social y distinción simbólica de las clases⁵⁷. Por otro lado, el autor nos señala que el consumo debe ser pensado como sistema de integración y comunicación⁵⁸, es decir, consumir es intercambiar significados y reconfirmar valores compartidos.

Volvamos ahora a la idea de hegemonía: decíamos que, a diferencia de la dominación el vínculo entre las clases dominantes y las subalternas se apoya menos en la violencia y puede ser analizado como un pacto de prestaciones recíprocas entre las clases (García Canclini, 1984). La hegemonía se arraiga en la estructuración de la vida cotidiana: a partir de procesos de socialización interiorizamos disposiciones -que se inscriben en el propio cuerpo y que ordenan nuestra práctica-, que pautan en nuestra conciencia lo posible y lo inalcanzable para cada sector social. De acuerdo con García Canclini: "la sociedad organiza la distribución -desigual- de los bienes materiales y simbólicos, y al mismo tiempo, organiza en los grupos y los individuos la relación subjetiva con ellos, las aspiraciones, la conciencia de lo que cada uno puede apropiarse" (García Canclini, 1984, p. 71). Se produce de este modo una interiorización muda de la desigualdad social. El mismo autor señala que el consenso de los subalternos a un orden social desigual requiere al menos cuatro elementos:

Primero, que el ámbito social definido por la clase hegemónica -la producción, circulación y consumo- sea aceptada por las clases subalternas como campo de lucha. Si no hay esta aceptación de que vale la pena luchar por participar de ese campo de producción, en ese campo de consumo, no hay hegemonía. Segundo requisito: que la lógica de esa lucha sea la apropiación diferencial -diferente para cada clase- de lo que el campo produce como capital material y

⁵⁷ En palabras del autor: "en una sociedad que se pretende democrática, y por lo tanto basada en la premisa que los hombres nacen iguales, donde no hay superioridades de sangre ni títulos de nobleza, el consumo es el área fundamental para comunicar las diferencias entre grupos sociales" (García Canclini, 1995: 76). Así, en la forma en que nos apropiamos de los bienes: vistiéndonos de cierta manera, eligiendo destinos específicos para nuestras vacaciones, consumiendo determinadas actividades en nuestros tiempos de ocio; se construyen distinciones simbólicas entre las clases sociales.

⁵⁸ En tanto sólo si los miembros de un colectivo social comparten los significados atribuidos a los bienes de consumo, su apropiación podrá ser utilizada en la diferenciación social (García Canclini, 1995).

simbólico. Tercer requisito: que, en esa lucha, las clases subalternas partan con un hándicap insuperable; para decirlo en términos de Bourdieu, que partan con un capital familiar y escolar que, de entrada, los coloca en desventaja. En este sentido, la organización de la educación familiar y de la educación escolar es fundamental para la reproducción de la desigualdad social. La cuarta condición para construir hegemonía es que ese hándicap, esa desventaja, sea ocultado (García Canclini, 1995, p.79-80).

En todos estos procesos intervienen las construcciones de sentidos (cultura) organizando nuestra aceptación o no del orden social desigual y promoviendo o denostando su reproducción. De aquí que la hegemonía no puede ser reducida a manipulación, los sectores subalternos no son pasivos ejecutantes del libreto inducido por las clases dominantes, tienen capacidad de réplica o impugnación (García Canclini, 1984). De acuerdo con este autor, una estrategia metodológica para el correcto abordaje de la hegemonía sería partir de la premisa que ni los objetos, ni los medios, ni los espacios sociales son sustancialmente hegemónicos o subalternos; "lo decisivo será examinar su uso, la relación con los dispositivos de poder actuantes en cada coyuntura" (Canclini, 1984, p. 75). En el consumo, los bienes y mensajes hegemónicos se articulan con los códigos perceptivos y los hábitos cotidianos de las clases subalternas. El autor propone la idea de *bricolaje* para reflexionar sobre cómo las clases populares, en tanto culturas subalternas, intervienen seleccionando y combinando los materiales ofertados por la cultura hegemónica, organizando otros sistemas que nunca son el eco automático de lo recibido (García Canclini, 1984).

Finalmente, cabe resaltar que, más allá de los complejos fenómenos de legitimación de la desigualdad que operan en los actuales contextos de transnacionalización de la economía y de la cultura que estuvimos desnaturalizando aquí, existen "resistencias" (tal como planteamos en el primer apartado). Esto es, en el marco del campo de lucha entre sectores sociales desiguales, emergen construcciones simbólicas, prácticas y configuración de colectivos contra-hegemónicos, que luchan por la transformación del orden social.

Determinaciones sociales y orientaciones subjetivas

Para comprender la aceptación de estas relaciones sociales desiguales, debemos problematizar cómo *los individuos incorporan –hacen cuerpo– las estructuras sociales objetivas y exteriores a su existencia*. En este sentido, Thompson (1989) propone el concepto de *experiencia* para dar cuenta de la internalización subjetiva de las condiciones materiales de existencia. Los sujetos posicionados en condiciones objetivas semejantes experimentan situaciones análogas que se internalizan en su subjetividad y que se materializan en intereses comunes. Así la *experiencia* de clase tiene implicancias en los procesos de subjetivación en tanto modo de internalización de las condiciones materiales. Para Thompson los valores, la ideología, los sentimientos, es decir el terreno de la conciencia moral, no constituyen una creación autónoma de la mente, sino que son producidos materialmente en los distintos contextos de la

vida humana, y todo ello contribuye a crear una “experiencia de clase inconfundible”. La pertenencia de clase se experimenta en términos objetivos y subjetivos. En este punto quisiéramos ligar estos conceptos con los procesos históricos de evolución del sistema capitalista que hemos analizado. La evolución histórica desde un Estado bienestar hacia corrientes neoliberales, conlleva procesos de *fragmentación de lo público* (sobre todo en materia de salud y educación), debilitando los lazos de solidaridad que promovían la integración social (Dubet, 2015). De acuerdo con Foster (2019) el neoliberalismo⁵⁹ es una trama que va generando sentido común, disciplinamiento social y nuevas formas de subjetivación⁶⁰. De este modo, estos procesos sociohistóricos han traído consecuencias sobre la subjetividad: el neoliberalismo constituye individuos consumidores y organiza nuestras prácticas con pronósticos poco alentadores, el ciudadano consumidor deja de pensar en el *otro* (Foster, 2019). De manera creciente, las personas explican la desocupación y la pobreza como resultado de las conductas erradas de los sujetos en condición de desfavorabilidad. Siguiendo representaciones en torno a la igualdad de oportunidades, el éxito de unos supone que los otros son responsables de sus fracasos. De este modo, no serían merecedores de nuestra solidaridad, cada vez más a menudo se escucha: “no queremos pagar por los otros”. Si estas personas son además de origen extranjero o portan cierto color de piel te⁶¹, las connotaciones se tornan aún más violentas. La libertad y la igualdad no siempre son favorables a la fraternidad (solidaridad) (Dubet, 2015).

⁵⁹ El neoliberalismo es una corriente de pensamiento económico y político sobre el funcionamiento del sistema capitalista que surge en el siglo XX. Los defensores de esta postura recomiendan la liberalización de la economía, el libre comercio y una drástica reducción del gasto público y de la intervención del Estado en la economía en favor del mercado. Como analizamos previamente, estas ideas comenzaron a implementarse en nuestro país a partir de la década de 1970 y se consolidaron durante la década de 1990, con importantes consecuencias sociales como el aumento de la desigualdad y la pobreza. A su vez, alianzas electorales que gobernaron más recientemente en nuestro país, implementaron medidas ancladas en esta corriente económica. Para profundizar el vínculo entre neoliberalismo y actores políticos en la Argentina puede consultarse Reynares (2017).

⁶⁰ Las nociones de subjetivación y disciplinamiento son centrales en la vasta obra del filósofo francés Michel Foucault (1926-1984). Para entender estos conceptos debemos, a su vez, recuperar una de las ideas centrales de este pensador: ¿qué es el poder? Foucault plantea que las relaciones de poder son constitutivas de los vínculos humanos y, alejándose de posturas esencialistas, afirmará que el poder no es algo que alguien puede “tener”, sino que el mismo circula por toda la sociedad y que sólo existe en su ejercicio. Al mismo tiempo “poder y saber son dos caras de una misma moneda”: de un lado, el poder produce un discurso de verdad; del otro, la verdad es una construcción socio-histórica inherente al ejercicio del poder. Si el poder es una relación social, entonces el poder supone la resistencia: el conflicto es constitutivo de la sociedad. Volviendo ahora a la noción de “subjetivación”, el autor plantea que refiere a los procesos mediante los cuales el poder constituye sujetos, es decir, que “los sujetos” son un efecto del poder. La subjetividad es el producto de las relaciones de poder-saber de una época determinada. Por su parte, el “disciplinamiento” constituye uno de los mecanismos de poder tendientes a construir subjetividades, actuando en dos direcciones: sobre los cuerpos individuales y sobre las poblaciones (Biopolítica). Aquí, Foucault desarrolla el concepto de biopoder para explicar procesos de dominación y control. Se trata de una tecnología política que nace en la modernidad para la subyugación de los cuerpos y el control de las poblaciones. Estas tecnologías permitieron alargar, administrar y controlar la vida. Finalmente, a propósito de lo que se viene discutiendo, la teoría foucaultiana resalta el papel de las tecnologías de disciplinamiento (especialmente el biopoder) en la constitución del capitalismo, permitiendo la inserción de los cuerpos individuales en los aparatos de producción (Giaccaglia *et al.*, 2009). En la visión de Foucault: “el capitalismo no se visualiza sólo como un sistema de acumulación económica sino como un proceso histórico que se ha hecho hegemónico a partir de la posibilidad de administrar la vida de los seres humanos dirigiéndola, aumentando sus fuerzas y sus aptitudes, tomando como referencia el modo en que ciertos saberes científicos sobre los seres humanos los han objetivado como sujetos de discurso” (Giaccaglia *et al.*, 2009, p.130).

⁶¹ Se refiere a un color de piel diferente al de las personas de ascendencia europea, denominadas comúnmente “personas de tez blanca”.

Entonces, el sistema económico capitalista -que disciplina y promueve subjetividades consumidoras, poco interesadas por el *otro-*, también abona a la construcción de alteridades. Así, si retomamos el ejercicio de *extrañamiento* de la “argentinidad” que planteamos en el primer apartado, podemos desnaturalizar la construcción de alteridad a través de términos como “villeros”, “negros”, “planeros”, “indios”, por parte de una sociedad que se adscribe como blanca, europea, de clases medias y altas (Grimson y Karasik, 2017). En función de construcciones simbólicas discriminatorias -que han sido incorporadas a la subjetividad de quienes nacimos en esta sociedad-, se pautan las interacciones cotidianas (en la escuela, en el trabajo y en el espacio público) con estos sujetos que son percibidos como *otros*, marcadas por diversos grados de violencia. Aquí debemos apropiarnos de las herramientas conceptuales que venimos problematizando y tener presente que lo que distingue a estos sujetos es su posición social vulnerable en el marco de un sistema económico intrínsecamente desigual, en el cual no elegimos voluntariamente los recursos a los que accedemos.

Hasta aquí llegamos en este ejercicio de problematizar la desigualdad, que se suma al abordaje de la diversidad que hemos abordado previamente. Sin embargo, en pos de complejizar nuestra mirada acerca de la “realidad”, debemos comprender que nuestras pertenencias culturales y sociales (de clase) están entrelazadas y se acoplan de maneras diversas, pero sobre esto hablaremos en el siguiente apartado.

La interseccionalidad diversidad/desigualdad en la configuración social

En este apartado reconstruimos desde la perspectiva de la intersección diversidad/desigualdad, el posicionamiento de algunos sujetos del agro argentino. En el marco de procesos de alterización motorizados por el avance de las relaciones capitalistas en el mundo rural argentino, los espacios sociales y sujetos analizados aquí han sido significados como el “otro campo”. Presentamos el análisis de dos casos que investigamos: por un lado, los/las horticultores/as de la provincia de Buenos Aires y, por otra parte, los trabajadores y trabajadoras asalariadas del agro de la provincia de Misiones. Ambos casos ponen en evidencia que la producción primaria⁶² de alimentos dista de ser un espacio social homogéneo; por lo que debemos hacer un ejercicio de extrañamiento de construcciones simbólicas que proponen la existencia de un único “campo argentino”.

⁶² Desde la economía, se denomina “actividad primaria” a la actividad humana para referirse a la producción agropecuaria y a la obtención de los bienes o recursos naturales (no renovables como los minerales o los renovables como la tala, caza y recolección). Se distingue de la actividad de transformación de esos bienes denominada “actividad secundaria”; y de las actividades de organización y traslado de esos bienes para cubrir necesidades, sin producción de ellos, que corresponde a la llamada “actividad terciaria”.

Adscribiendo -una vez más- al planteo teórico-metodológico de explicitar los conceptos que organizan nuestro análisis de la realidad, comenzamos este apartado presentando las herramientas que utilizamos. Recordemos lo trabajado en las páginas previas: las diferencias que observamos en los seres humanos se originan tanto en la diversidad cultural como en la desigualdad estructural. Por ello, nuestra propuesta de análisis parte de la inescindible relación entre diversidad y desigualdad. Tal como lo plantea García Canclini (1985), estas dimensiones tratadas de manera independiente en el plano teórico-metodológico del análisis científico, son inseparables en la realidad social: conviven y se potencian en la configuración de cada individuo y colectivo social. Este autor nos permite apreciar cómo se solapan la dimensión simbólica (cultura) y la dimensión estructural (posición de clase) en la configuración de los procesos sociales y en la organización de las prácticas de los sujetos concretos. Esto es, las construcciones de sentido (cultura) que nos permiten decodificar mundo y que organizan nuestras prácticas están inherentemente vinculadas a la estructura social desigual del sistema capitalista.

Aunque esta propuesta de análisis nos permite identificar dos pertenencias sociales centrales en la organización de la dinámica y práctica social -pertenencia étnico-cultural y de clase-, creemos que este abordaje resulta incompleto en tanto no problematiza el papel de otras categorías de clasificación sociocultural como el género, la edad, adscripciones políticas, religiosas, profesionales, entre muchas posibles. Por eso, proponemos recuperar el concepto de *interseccionalidad*⁶³ como herramienta de análisis. Dicho concepto propone que nuestras pertenencias sociales no funcionan de manera autónoma, sino que se intersectan en la configuración de las prácticas y en la multiplicación de desigualdades. Puntualmente en estas páginas, focalizaremos sobre cómo se articula la dimensión laboral -tomando como referencia dos casos de producción primaria de alimentos- en conjunción con tres pertenencias colectivas concretas: adscripción étnico-nacional, clase y género.

El contexto: las relaciones sociales capitalistas en los territorios rurales argentinos

A partir de aquí, a través de referentes empíricos concretos, recuperaremos el efecto multiplicador de la yuxtaposición de desigualdades que se traducen en la precarización social de sujetos que habitan y trabajan en espacios rurales. Sin embargo, antes de abordar estos casos, nos parece importante presentar algunas características del contexto en el que se enmarcan y que otorgan sentido a las situaciones que analizamos. Partiendo del supuesto de que lo global y lo

⁶³ Las preocupaciones en torno a la interseccionalidad comienzan a desarrollarse en el marco de los estudios de género: un grupo de feministas y lesbianas afro-descendientes quienes hacia fines de los '70 en Estados Unidos, denunciaron la ceguera racial de sus compañeras blancas al ignorar las discriminaciones particulares en función de clase social, de "raza", de sexo/género, de sexualidad de que padecían éstas. Ver Stolcke (2010) y en el campo de los estudios agrarios Trpin y Pizarro (2017).

local se encuentran mutuamente influenciados, señalamos que un eje central para construir el mencionado contexto son las relaciones sociales vigentes en el capitalismo global actual.

En este sentido, Latinoamérica -en general- y Argentina -en particular-, se insertan como proveedoras de alimentos y otros productos agrarios, recursos minerales y energéticos. Svampa (2019) utiliza las categorías analíticas de *neoextractivismo* y *consenso de los commodities* para plantear la matriz extractiva de este modelo -fundado en las asimetrías existentes entre el norte y el sur global (entre los centros y periferias)-, que implica relaciones de poder y las disputas en juego que configuran los nuevos marcos de la dependencia. Sobre todo es importante destacar sus efectos socioterritoriales y ambientales: los territorios son considerados como socialmente vaciables, promoviendo el desplazamiento de población originaria con tenencia precaria de la tierra y numerosos conflictos territoriales, así como también consecuencias ambientales irreversibles en torno al gran despojo o desposesión de bienes naturales (Svampa, 2018, Svampa y Viale, 2014).

El segundo eje del contexto en que se ubican los casos aquí presentados son las relaciones sociales vigentes en el agro argentino. Aquí nos parece importante hacer un ejercicio de extrañamiento en torno a nuestra idea de “campo”. De acuerdo con ciertas construcciones simbólicas que circulan en el sentido común, cuando se habla del “campo” o de “hombres de campo”, tendemos a imaginar un espacio homogéneo, habitado por sujetos parecidos. Esto es, nos manejamos con estereotipos, en el sentido analizado al comienzo de este capítulo. No solemos distinguir las diferencias y desigualdades que atraviesan a los sujetos sociales que viven y trabajan en los territorios rurales de nuestro país. Si bien reconstruir la complejidad de estas relaciones escapa a los objetivos de este texto, queremos resaltar la presencia de dos polos contrapuestos en dicha estructura social. Por un lado, los llamados agronegocios⁶⁴ -una forma de organizar la actividad económica agraria que deja de ser un medio para producir alimentos, para transformarse en un “modo de hacer negocios”-. Por el otro, la persistencia de *otro campo* que aparece invisibilizado y cuya relevancia es fundamental, debido a que interviene en la producción de gran parte de nuestro alimento. Se trata de una diversidad de actores agrupados genéricamente bajo la categoría de agricultura familiar (pueblos originarios, campesinos, pequeños productores)⁶⁵ y cuyas condiciones de vida y trabajo son vulneradas por el avance de los agronegocios. Este es el contexto donde se insertan nuestros casos: se trata de espacios sociales y sujetos pertenecientes

⁶⁴ Ampliamente conocidas son las transformaciones que acompañaron este modelo productivo: producción a gran escala, uso intensivo de los recursos naturales, avance de la frontera agropecuaria con la pérdida de montes y bosques nativos, degradación de suelos, transferencia de tierras de pequeños productores hacia el sector empresarial, expulsión y arrinconamiento de poblaciones campesinas (Gras y Hernández, 2016; Giarraca y Teubal, 2013).

⁶⁵ “Agricultura familiar es una categoría de uso relativamente reciente en el ámbito académico y político argentino, y se trata de un concepto en construcción, marcado por la heterogeneidad de sujetos que procura incluir y los lenguajes que se cruzan en su elaboración. Refiere a unidades productivas que centran su funcionamiento en la mano de obra familiar e incluye tanto a familias productoras más o menos capitalizadas (tradicionalmente identificadas como chacareras o farmers), unidades campesinas, pescadores artesanales y grupos pertenecientes a pueblos originarios” (López Castro, 2020, p.37).

al *otro campo*, en el marco más amplio de las relaciones capitalistas globales que estimulan el avance de los agronegocios. Con este contexto en mente, pasemos a los casos bajo indagación.

Los y las productores/as de verdura

El primer caso que presentamos corresponde a la producción hortícola que se desarrolla en los periurbanos del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA)⁶⁶. Aunque muchos habitantes ciudadanos no lo saben, la mayoría de las verduras que consumimos se producen muy cerca de nuestra casa: en los periurbanos productivos de La Plata, Florencio Varela y Berazategui. Se trata de una producción mayoritariamente familiar, responsable de producir las verduras que abastecen a la zona más poblada del país⁶⁷. Aquí profundizaremos puntualmente en la conformación del espacio social en torno al periurbano productivo de la ciudad de La Plata⁶⁸.

Este espacio social ha sufrido importantes transformaciones en las últimas décadas, que se tradujeron en la segmentación étnico-nacional de la actividad económica y de su mercado de trabajo. Desde mediados de la década de 1990 hasta la actualidad se ha ido produciendo un progresivo reemplazo en la posición de productor: en el pasado eran migrantes de ultramar (italianos, portugueses y españoles) y sus descendientes quienes conducían el proceso productivo y ahora son migrantes bolivianos. Estos procesos han sido analizados como la *bolivianización de la horticultura* (Benencia, 2006) y fueron significados en el sentido común a partir de representaciones como "los que producen verduras son todos bolivianos". Otros sujetos de este espacio social -que permanecen en la actividad hortícola o que han abandonado la producción-, apelan en sus discursos a supuestas características culturales: representaciones como la "resistencia física" y el "origen campesino" de los bolivianos, para explicar su masiva presencia en la horticultura. De este modo, se apela a explicaciones culturalistas (esencialistas) que construyen una mirada parcial y sesgada de la realidad.

Sin embargo, esta supuesta homogeneidad cultural debe ser objeto de *extrañamiento*: la estructura social hortícola está compuesta por diferentes posiciones sociales, hay productores,

⁶⁶ El AMBA es la zona urbana común que conforman la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y los siguientes 40 municipios de la Provincia de Buenos Aires: Almirante Brown, Avellaneda, Berazategui, Berisso, Brandsen, Campana, Cañuelas, Ensenada, Escobar, Esteban Echeverría, Exaltación de la Cruz, Ezeiza, Florencio Varela, General Las Heras, General Rodríguez, General San Martín, Hurlingham, Ituzaingó, José C. Paz, La Matanza, Lanús, La Plata, Lomas de Zamora, Luján, Marcos Paz, Malvinas Argentinas, Moreno, Merlo, Morón, Pilar, Presidente Perón, Quilmes, San Fernando, San Isidro, San Miguel, San Vicente, Tigre, Tres de Febrero, Vicente López, y Zárate.

⁶⁷ El AMBA cuenta con 14.800.000 habitantes, que representan el 37% de la población de la Argentina, según datos del censo de 2010.

⁶⁸ Numerosos investigadores han abordado el estudio del periurbano de la ciudad de La Plata. Desde la antropología, constituyen una importante referencia las indagaciones de Ringuelet, R.; Attademo, Silvia; Archenti, A. y Salva, C. Véase Ringuelet *et al.* (1991 y 2000); Attademo (2008); Archenti, (2008); Ringuelet (2008), Salva (2013).

medieros⁶⁹, peones, entre otros. Esto significa que, como en todo proceso productivo en el marco del sistema capitalista, los sujetos ocupan posiciones desiguales; lo que implica como vimos, un acceso diferencial a los bienes económicos y simbólicos. Por otra parte, ocupar la posición de productor tampoco significa pertenecer a una categoría homogénea; existen desiguales niveles de capitalización en función de la cantidad de tierra en hectáreas bajo explotación; la superficie bajo invernáculo; la forma de acceso a la misma (arriendo o propiedad); el tipo y antigüedad de las herramientas y maquinarias; la capacidad de contratar mano de obra externa; el acceso a vehículo propio para el traslado de las verduras; por nombrar algunas variables. Por tanto, cuando intentamos caracterizar a los sujetos que producen las verduras de consumo en fresco, debemos tener en cuenta ambas dimensiones: la dimensión cultural, esto es su adscripción étnico-nacional y su posicionamiento de clase (participación diferencial en el proceso productivo e ingresos asociados); por los que resulta fundamental apelar al concepto de interseccionalidad.

Para comprender la reconfiguración que ha sufrido la estructura social hortícola es pertinente considerar el plano estructural y las particularidades del funcionamiento de la actividad económica en la actualidad. Aquí interesa destacar tres características: sus *altos costos*, sus *numerosos riesgos* asociados y su *baja rentabilidad* relativa. En primer lugar, debemos especificar sus altos costos: el modelo productivo hegemónico se funda en la implementación del paquete tecnológico del invernáculo, altamente dependiente de insumos importados que cotizan en dólares. A su vez, se trata de una actividad atravesada por diversidad de riesgos: riesgo ambiental por tormentas que destruyan los invernáculos; riesgo de plagas; amplia variabilidad de los precios durante la comercialización que puede implicar la no recuperación de lo invertido⁷⁰. En tercer lugar, debemos tener presente la baja rentabilidad relativa de esta actividad económica para el productor: a pesar de ser quien más esfuerzo y riesgos afronta, se lleva el menor porcentaje de ganancia -si consideramos la cadena hortícola en su totalidad-. Gran parte de las ganancias las concentran quienes venden los insumos hortícolas y quienes se ubican en la etapa de comercialización hasta el consumidor (Waisman, 2012 y 2014).

En este sentido, no son las características culturales las que explican la masiva presencia de bolivianos en esta actividad económica: teniendo en cuenta un origen vulnerable y su condición migrante, pasan a ser protagonistas porque están dispuestos a aceptar retornos menores por los recursos que ponen en juego en el proceso productivo y niveles de acumulación que sufren

⁶⁹ Se denomina mediería en la horticultura platense a la particular forma que adquiere la contratación de mano de obra. En la mayoría de los casos la mediería toma la forma de una relación contractual en la que el productor aporta la tierra y los insumos para la producción, mientras que le mediero aporta únicamente su fuerza de trabajo y la de su familia. Luego, la recaudación por la venta de lo producido se reparte en porcentajes desiguales (70-30; 80-20 generalmente) entre ambos miembros de la relación. En menor medida, existen relaciones en las cuales el mediero aporta además de su mano de obra un pequeño porcentaje de los costos de los insumos, cambiando el porcentaje de lo recibido en carácter de ganancia al final.

⁷⁰ Esto trae aparejado que no se pueda predecir cuánto se va a ganar por el trabajo y el dinero invertido. Las ganancias pueden oscilar entre una reproducción deficitaria (que no alcanza a reponer sus condiciones de producción), alcanzar un nivel de reproducción simple (que supone reponer las condiciones de producción), o lograr una reproducción ampliada (aquella que va más allá de la simple reposición de las condiciones iniciales). En esta variación inciden tanto las diversas coyunturas del sistema productivo, como los ciclos vitales de cada unidad doméstica.

importantes variaciones entre ciclos. Lo que implica muchas veces su reproducción en un *equilibrio inestable*: la acumulación de algunas temporadas desfavorables puede desplazarlos del frente de la explotación, conllevando la pérdida de su posición como productores. De ahí la importancia de no caer en explicaciones culturalistas y considerar las dimensiones diversidad/desigualdad interrelacionadas.

Ahora bien, ¿en qué medida la categoría género se transforma en una herramienta que nos permite captar la imbricación de desigualdades en este espacio social? Aunque en este capítulo hemos hecho especial énfasis en problematizar el vínculo indisoluble entre las dimensiones simbólicas (cultura) y estructural (inserción de clase); debemos tener presente que nuestra pertenencia social supone múltiples dimensiones superpuestas: a las ya mencionadas, les podemos sumar el género, la edad, la generación, creencias religiosas, políticas, entre muchas otras. En este sentido, nos parece sumamente valiosa la herramienta conceptual *interseccionalidad*, ya que nos permite visibilizar cómo la articulación entre la pertenencia étnico-nacional, de clase y de género, puede actuar multiplicando desigualdades.

En el caso que nos ocupa, hemos analizado el vínculo entre la pertenencia étnico-nacional boliviana y su inserción laboral precaria en la horticultura (posicionamiento estructural). Cabe preguntarse ¿qué otras desigualdades devienen por ser mujer en este espacio social? Esto es, cómo actúa la imbricación mujer/ boliviana/ sector popular. Por un lado, su trabajo productivo - central en una horticultura mayoritariamente familiar- queda muchas veces invisibilizado bajo construcciones discursivas que lo representan como “ayudas” o “colaboraciones”, esto es, el hombre “trabaja” y la mujer “ayuda” (Attademo, 1999; Attademo y Salva, 2000; Insaurrealde y Lemmi, 2018). Creemos que esta invisibilización del trabajo de las mujeres se presenta de manera aún más compleja en el espacio social hortícola, porque las esferas productivas y reproductivas se solapan. En el trabajo hortícola no existe una frontera rígida que separe el “tiempo de trabajo” y “el tiempo de vida”, no existe una demarcación precisa ni desde el punto de vista temporal ni espacial. Por otra parte, las mujeres continúan siendo las principales responsables de las tareas de cuidado, naturalizándose el trabajo doméstico⁷¹ (Salva, 2013; Insaurrealde y Lemmi, 2018). Esta situación de desigualdad de género se ve agravada por la desigualdad en términos de clase ya que, debido a sus condiciones vulnerables de vida, carecen de espacios apropiados para cocinar, no cuentan con cocina ni gas, no disponen de agua caliente para lavar platos o bañarse, no tienen acceso a lavarropas automático, entre otras muchas carencias. Esto implica que cualquier actividad doméstica demanda el doble o triple de tiempo que en otros sectores de clase (Lemmi y Muscio, en prensa). Finalmente, aunque el énfasis está puesto en visibilizar la

⁷¹ *Eso que llaman amor es trabajo no pago*. Los movimientos feministas han desnaturalizado el trabajo doméstico y nos han hecho ver de otra forma los vínculos entre las esferas de la producción y la reproducción social. El trabajo doméstico, reproductivo o de cuidados -que reúne tareas de alimentación, cuidado y asistencia a niños, enfermos, ancianos-, asegura la sustentabilidad de las sociedades ya que contribuye a reproducir la fuerza de trabajo. Esto representa el plano de intersección entre lo social y lo económico, entre capitalismo y patriarcado: esta actividad que es central para el sistema económico -porque contribuye a reponer nada menos que el motor de su ganancia, es decir, la fuerza de trabajo-, es realizada mayoritariamente por las mujeres de manera invisible y no remunerada

multiplicación de desigualdades; no desconocemos que -en el marco de la lucha feminista-, acontecen procesos de transformación que buscan alterar el orden social establecido. En este sentido, podemos mencionar la activa participación de las mujeres en organizaciones gremiales que luchan por reivindicaciones para el sector hortícola; así como su creciente protagonismo en actividades de producción y comercialización⁷².

Los/as cosecheros/as de la yerba mate

El segundo caso que presentamos busca visibilizar a los y las trabajadores/as involucrados/as en la producción de yerba mate. Se trata de un cultivo emblemático en la Argentina, su consumo a lo largo y ancho del país atraviesa todas las clases sociales, la producción de este cultivo se realiza principalmente en la provincia de Misiones, localizada en el nordeste argentino. Sin embargo, los términos “tareferos y tareferas” no son de uso corriente en nuestro vocabulario cotidiano, es decir, conocemos mucho el “producto” (la yerba mate) pero poco visibilizamos a “quienes trabajan para su producción” (los cosecheros/as de yerba o “tarefero/as”). Esta invisibilización, lejos de ser inocente o fortuita, contribuye a la construcción de un “otro” sociocultural alejado de los parámetros ideales con los que se imaginó y construyó nuestra identidad nacional. Al mismo tiempo, la invisibilización se constituye en un mecanismo que naturaliza el orden social establecido, ocultando la explotación de los sectores subalternos.

La planta de la “yerba mate”, desde tiempos precolombinos, era utilizada por los pueblos originarios de la región con fines rituales. Con la llegada de los europeos y su contacto con la cultura guaraní, se produjo una difusión de su consumo en forma de bebida, obtenida por la desecación de las hojas (Magan, 2020). La génesis del cultivo de yerba, puede rastrearse a partir de un complejo proceso histórico, que se organiza desde la colonia, con la sedentarización de la población guaraní y su explotación bajo la figura de la encomienda⁷³ que luego sería reemplazada por formas de trabajo no libre. Estos rasgos constituyen los “antecedentes de la institución social histórica del mercado de trabajo yerbatero” caracterizada por la pobreza, la informalidad, el analfabetismo y la extrema vulnerabilidad (Rau, 2016).

Aquí queremos analizar la figura del tarefero/a (cosecheros/as de yerba mate). ¿En qué sentido el tarefero y la tarefera son un otro en la interseccionalidad sociocultural?, es decir ¿cuáles son las coordenadas de desigualdad y diversidad que interceptan a estos sujetos conformando su alteridad respecto a “otros nacionales”? Las pertenencias socio-culturales de las personas

⁷² En este sentido, podemos citar el caso de la asociación de Productoras del Oeste, un grupo de mujeres que se encuentran organizadas para afrontar la etapa de comercialización, recurriendo a la estrategia del bolsón de verduras, en el marco de los circuitos cortos de comercialización. Ver: <https://eeditorplatense.com.ar/contra-la-inflacion-productoras-platenses-venden-verduras-a-precios-economicos/>

⁷³ La encomienda fue una institución socioeconómica de la época del dominio colonial español, encuadraba y organizaba a la población indígena como mano de obra forzada.

son múltiples y dinámicas, cuando las analizamos seleccionamos algunas de ellas para comprender su significado en relación a los procesos sociohistóricos que buscamos explicar; en nuestro caso, para abordar la construcción de la alteridad de ese otro/a “tarefero/a” en primer lugar, debemos tener en cuenta que este sujeto se inserta en las relaciones de producción vendiendo su fuerza laboral (intercambia por dinero su trabajo); y al mismo tiempo, se posiciona de modo subalterno en las relaciones étnicas: los/as tareferos/as son sujetos descendientes de pueblos originarios, que trabajan la tierra que detentan sujetos denominados “colonos”⁷⁴ (generalmente de ascendencia europea).

Si analizamos su posicionamiento en la estructura social, debemos ubicarlos en la categoría de trabajadores. Sin embargo, ¿los derechos laborales en nuestro país son iguales para todos/as? El trabajo agrario, junto con el empleo doméstico, históricamente ha tenido un marco legal distinto⁷⁵ de aquel que contempla al resto de la población trabajadora. A su vez, esto se traduce en mayores inconvenientes en lo que respecta a la protección social e implica menor estabilidad laboral, en parte debido a su carácter temporal transitorio. Se trata de un trabajo temporal, que se realiza sólo en algunos meses del año y se paga a destajo (por cantidad de producción) por lo cual los/as cosecheros/as se ven obligados a aumentar los volúmenes de cosecha diarios. Esta exigencia física se vincula con enfermedades que afectan a un colectivo que tiene dificultades en el acceso a los servicios de salud.

¿Cómo se construye la alteridad desde las diferencias étnicas? Roa (2017) investiga los procesos de construcción subjetiva en el conjunto de tareferos/a de la provincia de Misiones y relata como el calificativo “negro” o el sustantivo “negrada” se relaciona con esta clase trabajadora agraria y rural, campesina, subocupada o desempleada del campo y la ciudad. Esta concepción racial de las diferenciaciones sociales, según Rau (2012), se debe comprender en relación a las particularidades del proceso de poblamiento de Misiones, dentro del cual el origen del proletariado agrícola rural se vincula a una historia de desposesión y desarraigo de la población de ascendencia tupí-guaraní, cuyas costumbres y sistemas de vida fueron modificados por el régimen colonial y que posteriormente sería desarraigada de sus agrupamientos sedentarios para constituirse en mano de obra agraria. A partir de la noción de racialización de las relaciones de clase⁷⁶ -concepto acuñado por Margulis y Urresti (1999)-, Roa (2018) afirma que el tarefero se

⁷⁴ La situación de los colonos es diversa y desigual, muchos de estos sujetos no cuentan con los títulos de propiedad de la tierra y la utilizan en calidad de ocupantes precarizados

⁷⁵ Este dato no es menor ya que evidencia cómo el Estado reconoce de modo desigual a los distintos tipos de trabajadores. Si bien en los últimos años hubo avances en lo que respecta a derechos laborales para estos sectores, la situación predominante sigue siendo desigual en comparación con el resto del colectivo trabajador. Para más información sobre este tema consultar: Alberto Re y Verónica Jaramillo Fonnegra “Nuevos paradigmas legales: trabajadores rurales y trabajadoras domésticas” (2014).

⁷⁶ El concepto de “racialización de relaciones de clase” alude a la construcción histórica de la dinámica de la desigualdad en América Latina, sostiene que los fenómenos de discriminación, descalificación y exclusión en nuestra región (la más pobre, la más marginada, la población de origen mestizo, cuya distribución se acerca bastante al mapa de la pobreza) tiene su origen en el proceso histórico de constitución de las diferenciaciones sociales que se organiza, desde un inicio, sobre bases raciales.

separa en una línea simbólica de los colonos “nobles” del campo (asociada a producir algo tan noble como la yerba mate). De este modo, habría una barrera simbólica entre el tarefero descendiente de aborígenes y mestizos y la población con orígenes en inmigrantes europeos denominada “colona”.

Recapitemos, el concepto de interseccionalidad organizó el análisis de los dos casos presentados. Recordemos una vez más, que los conceptos son herramientas analíticas que sirven para arrojar luz sobre ciertos aspectos de la “realidad”, no son verdaderos ni falsos, en todo caso pueden resultar más o menos apropiados para comprender y explicar el fenómeno bajo indagación. En este sentido, la interseccionalidad como herramienta de análisis, organiza y recorta el problema de la desigualdad y la diversidad, a partir de las categorías de *etnia*, *clase social* y *género*. Esto resultó sumamente enriquecedor para analizar los dos casos. Por un lado, nos permitió dar cuenta de la posición equivalente en la estructura social agraria argentina, ya que ambos pertenecen al *otro* campo. A su vez, pudimos complejizar este posicionamiento estructural subalterno debido a que, mientras las y los tareferos pertenecen a la posición de trabajadores agrícolas, la categoría “horticultores” debe ser desagregada en toda una jerarquía de posiciones desiguales que incluyen la de peón, mediero, productor, pequeño rentista (entre otras). Por otra parte, en ambos casos, la pertenencia étnica (el origen boliviano para los horticultores y la ascendencia indígena de los tareferos) es utilizada discursivamente -mediante explicaciones culturalistas- para justificar su posición subalterna en la sociedad nacional. Finalmente, la imbricación de estas pertenencias con la adscripción de género permitió iluminar la acumulación de desigualdades: en ambas situaciones las mujeres deben lidiar con la superposición del trabajo productivo y reproductivo de modo simultáneo, quedando en una posición de mayor vulnerabilidad que sus compañeros.

Palabras finales

A lo largo de estas páginas problematizamos y discutimos dos conceptos centrales de la antropología -diversidad y desigualdad- que resultan centrales a la hora de explicar la variabilidad humana. Con fines pedagógicos y analíticos presentamos estas herramientas conceptuales de manera separada en el texto. Sin embargo, tal como fue planteado en el tercer apartado, estas dimensiones se encuentran mutuamente imbricadas en la realidad social y el análisis debe intentar abarcar dicha complejidad. En este sentido, el concepto de interseccionalidad se presenta como una herramienta pertinente de análisis. Por otra parte, intentar comprender la variabilidad humana supone a su vez, considerar la dimensión temporal. Esto es, considerar la evolución histórica y el flujo de transformaciones en la configuración de las relaciones humanas.

De este modo, propusimos como ejemplo considerar la configuración actual de la “sociedad argentina”, problematizando los complejos procesos históricos que dieron origen al Estado-Nación y la mutua imbricación entre diversidad y desigualdad. Podemos situar la génesis de dichos procesos en la época de la colonia, cuando la enorme diversidad y heterogeneidad de grupos

humanos existente en América fue sometida a procesos de etnocidio, en el marco de las desiguales relaciones que dieron origen a la conquista y colonización. A su vez, en el plano discursivo, esta gran diversidad fue simplificada bajo la adopción de la categoría "indio" (Lischetti, 1996). Por su parte, la conformación del Estado-Nación propiamente dicha, profundizó esta imagen simplificada de la diversidad a través de la idea de crisol de razas, que promovía la integración la inmigración ultramarina. Sin embargo, a pesar de los etnocidios y de los intentos hegemónicos por invisibilizar la diversidad, ésta no desaparece. Por el contrario, frente a la opresión, aparecen resistencias que se reactualizan en movimientos sociales y políticos contemporáneos.

Por otra parte, señalamos la relevancia de considerar el papel de la desigualdad en la organización de la alteridad. Esto es, ciertas diferencias entre los seres humanos se originan en el plano de la estructura social, en la necesaria interacción colectiva que pauta la transformación de la naturaleza y garantiza la producción de bienes indispensables para la subsistencia. Aunque diferentes formas de desigualdad atraviesan a todos los colectivos humanos, en estas páginas hemos apuntado a desnaturalizar el sistema socioeconómico capitalista, dado su protagonismo a escala planetaria. Este sistema-mundo es el corolario de un agresivo proceso de expansión, cuyas profundas raíces históricas pueden retrotraerse hasta la época de la colonia (identificada como el momento de la acumulación originaria que sienta las bases de la desigualdad interplanetaria). En el contexto de las relaciones de producción capitalistas, la pertenencia de clase organiza diferencias entre los individuos que son fundamentalmente desigualdades en el acceso a los bienes materiales y simbólicos. Contrariamente a lo que ciertas construcciones simbólicas hegemónicas nos hacen creer, uno no elige su posición social. Estas estructuras externas y ajenas a la voluntad de los sujetos pautan su acceso a la salud, alimentación y educación desde su nacimiento (incluso antes si consideramos el contexto de embarazo y parto de su madre), y condicionan fuertemente la dirección de su trayectoria vital.

De manera transversal a lo largo de todo el trabajo se ha intentado dar cuenta del importante papel que cumplen las construcciones discursivas en la interpretación de la realidad social, en la organización de nuestra interacción con *otros* y en la organización de nuestras prácticas. Adscribiendo a una definición simbólica de cultura, hemos intentado visibilizar su rol en la organización de la dinámica social: otorgando a los sujetos insumos básicos para la decodificación de la estructura social, trabajando por su reproducción, pero pudiendo convertirse en herramientas para su eventual transformación. Las representaciones sociales están inescindiblemente ligadas a la estructura social, por lo que pueden cumplir una funcionalidad hegemónica o contrahegemónica. Acontecen luchas en el plano de los sentidos, esto es, se desarrolla una continua *batalla cultural*. Encontramos ejemplos en este sentido, cuando damos cuenta de los *usos* de la diversidad y cuando cuestionamos las construcciones simbólicas que trabajan para que naturalicemos la desigualdad y no la cuestionemos.

Sin embargo, sin lugar a duda, la preocupación última de este capítulo ha sido problematizar que diversidad y desigualdad se interceptan en la configuración de grupos e individuos. Para ilustrar esto propusimos como ejercicio de extrañamiento visibilizar las formas en que el capitalismo rearticula la diversidad en términos de desigualdad. A partir de la descripción de las

condiciones de vida y de trabajo de sujetos que pueden ser ubicados como el "otro campo", se buscó presentar que en el capitalismo actual algunas categorías de individuos son invisibilizadas en función de su lugar en la producción y su pertenencia a algún grupo social o étnico. Incluso, podemos reflexionar sobre cómo algunas personas son simbólicamente deshumanizadas pensando en que quedan excluidas de la categoría de trabajador, y por tanto son considerados desocupados, marginales, delincuentes, deben regir para ellos otras reglas diferentes que para "aquellos buenos humanos trabajadores". Retomando las cuestiones mencionadas previamente, la organización socio-productiva actual del agro en nuestro país, no puede ser comprendida por fuera de las complejas y dinámicas intersecciones entre las relaciones de producción, las relaciones de género y las relaciones étnicas. La matriz del espacio que hemos denominado "el campo hegemónico" -que hasta nuestros días sostiene su dominio-, logra este posicionamiento a costa de invisibilizar sujetos, prácticas y relaciones que conforman "el otro campo".

Para cerrar estas reflexiones podemos regresar a la inquietud sobre la variabilidad humana. El desafío central es reconocer a los *otros* -a los seres completamente diferentes- como iguales. En la actualidad Latinoamérica -desde la generación de un corpus de conocimiento propio del pensamiento decolonial (Quijano, 2013; Mignolo, 2003; Segato, 2007) y desde la reconstrucción de lazos históricos fragmentados gracias a la acción política- está en un proceso de deconstrucción de la imagen simplificada construida en el siglo XIX por las elites. En este sentido, nos interesa destacar la propuesta de Segato (2007) que señala la importancia de la diferencia de horizontes culturales en un sentido profundo y radical. Ella sostiene la defensa de un mundo radicalmente plural y de la diferencia profunda entre opciones culturales. Esta diferencia no importa tanto en términos substantivos, de forma o contenido, sino como criterio de autodeterminación por parte de una comunidad, marcando la posibilidad de una diferencia de meta y perspectiva. O sea, que otros valores y fines puedan orientar la convivencia humana desde un sentido plural. Consideramos que el reconocimiento profundo de las diferencias, sobre todo aquellas en la que se anclan diversidad con posicionamiento estructural desigual nos puede llevar a pensar, trabajar y actuar por una mejor sociedad. No una que neutralice y opaque las diferencias, sino como sostiene Segato y tantas otras y otros, generar las condiciones para que otros valores y fines guíen la convivencia humana.

Bibliografía

- Archenti, A. (2008). Producciones identitarias y relaciones interculturales en el periurbano platense. *Mundo Agrario*, 9(17).
- Attademo, S. (1999). El trabajo hortícola y la situación de la mujer en el Gran la Plata. En Ruth Sautu; M. M. Di Virgilio y G. Ojeda (Comp.), *Mujer, Trabajo y Pobreza en la Argentina* (155-162). La Plata: Edulp.
- Attademo, S. (2008). Lazos sociales y estrategias: ¿una opción para las familias hortícolas empobrecidas? *Mundo Agrario*, 9(17).

- Attademo, S. (2013). Poder y desigualdad. Una mirada antropológica. En R. Ringuelet (Coord.) *Temas y problemas en antropología social* (41-61). La Plata: Edulp.
- Attademo, S. y Salva, M. C. (2000). Horticultura y condiciones de vida en un área subrural Ponceña presentada en X Congreso Mundial de Sociología Rural.
- Balazote A. y Valverde, S. (2020). Pueblos originarios: la deuda pendiente. En Revista Anfibia. Sección Ensayo. UNSAM. Disponible en: <https://www.revistaanfibia.com/pueblos-indigenas-la-deuda-pendiente/>
- Benencia, R. (2006). Bolivianización de la horticultura en la Argentina. Procesos de migración transnacional y construcción de territorios productivos. En A. Grimson, y E. Jelin, (Comps.), *Migraciones regionales hacia la Argentina. Diferencia, desigualdad y derechos* (135-168). Buenos Aires: Prometeo.
- Bourdieu, P. (septiembre, 1989). El espacio social y la génesis de las "clases". *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, 3(7), 27-55.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. (1995). *Respuestas, por una antropología reflexiva*. México: Grijalbo.
- Chiriguini, M.C. (2003). Del colonialismo a la globalización: procesos históricos y Antropología. En M. C. Chiriguini (Comp.), *Apertura a la Antropología*. Buenos Aires: Proyecto Editorial.
- Chiriguini, M.C. (2005). Identidades socialmente construidas. En M. C. Chiriguini (Comp.), *Apertura a la Antropología* (49-60). Buenos Aires: Proyecto Editorial.
- Connell R. W. (1997). La organización social de la masculinidad. En T. Valdés y J. Olavarría (Eds.), *Masculinidad/es: poder y crisis* (31-48). Chile: Isis Internacional - FLACSO.
- Dubet, F. (2015). *¿Por qué preferimos la desigualdad? (aunque digamos lo contrario)*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Fortunato, N. (2015). *Prácticas y representaciones sobre el uso de plaguicidas. Un crisol de razones en el Cinturón Hortícola Platense* (Tesis de Maestría). Recuperada de <https://repositorio.inta.gov.ar/xmlui/handle/20.500.12123/1667#>
- Foster, R. (2019). *La sociedad invernadero*. Buenos Aires: Akal.
- García Canclini, N. (1985). *Cultura y sociedad. Una Introducción*. México: Secretaria de Educación Pública.
- García Canclini, N. (1995). *Ideología, Cultura y Poder*. Buenos Aires: Series Cursos y conferencias N° 5, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- García Canclini, N. (marzo-abril, 1984). Gramsci con Bourdieu. Hegemonía, consumo y nuevas formas de organización popular. *Tema central NUSO 71*.
- Geertz, C. (1973). *La interpretación de las culturas*. Buenos Aires: Gedisa.
- Giaccaglia, M. A.; Méndez, M. L.; Ramírez, A.; Santa María, S.; Cabrera, P.; Barzola, P.; Maldonado, M. (mayo, 2009). Sujeto y modos de subjetivación. *Ciencia, Docencia y Tecnología*, XX (38), 115-147.
- Giarraca, N. y Teubal, M. (Coord.) (2013) *Actividades extractivas en expansión: ¿Reprimarización de la economía argentina?* Buenos Aires: Antropofagia.
- Giddens, A. (1995) [1984]. *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu.

- Gras, C. y Hernández, V. (2016). *Radiografía del nuevo campo argentino. Del terrateniente al empresario transnacional*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Grimson, A. y Karasik, G. (2017). *Estudios sobre diversidad sociocultural en la Argentina contemporánea*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO - PISAC.
- Gutiérrez, A. (1997). *Pierre Bourdieu. Las prácticas sociales*. Posadas: Editorial Universitaria UNAM.
- Haugg, D.E (2016). Cuerpos del trabajo: 'Yo me crié en la Tarefa, no sé hacer otra cosa de trabajo, cuando me di cuenta, ya era tarefera'. Misiones, Argentina. *Etnicex, Revista de Estudios Etnográficos*, 8, 51-60.
- Hintze, S., Stolio, B., Bosch, G. y Batista, G. (1987). *El surgimiento de las ciencias sociales. Contexto histórico y fundamentos teóricos*. Buenos Aires: CBC.
- Hobsbawm, E. (2010) [1975]. *La era del capital, 1848-1875*. Buenos Aires: Crítica.
- Insaurralde, N. y Lemmi, S. (2018). Cuerpos productivos, cuerpos reproductivos. El caso de las mujeres productoras de hortalizas del Gran La Plata. En F. González Maraschio y F. Villarreal (Coords.), *La agricultura familiar entre lo rural y lo urbano*. Buenos Aires: EDUNLU.
- Iñigo Carrera, V. (julio-diciembre, 2013). Trabajadores indígenas en el Chaco argentino: algunos sentidos estigmatizadores. *Antipodas revista de Antropología y Arqueología*, 17, 229-251.
- Krotz, E. (1994). Alteridad y pregunta antropológica. *Alteridades*, 4(8) 5-11.
- Lemmi, S. y Muscio, L. Condiciones de vida en el periurbano hortícola desde una perspectiva de género. En prensa.
- Lenton D. (noviembre, 1999). Los Dilemas de la Ciudadanía y los Indios-Argentinos 1880-1950. *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, VII (VIII).
- Lenton, D.; Delrio, W., Pérez, P., Papazian, A., Nagy, M. y Musante, M. (abril, 2011). Huellas de un Genocidio Silenciado: Los Indígenas en Argentina. *Revista Sociedad Latinoamericana*, 6 (1). 119-142
- Lewin, D. (2006). Los orígenes de la ciencia antropológica. La práctica antropológica en la Argentina desde fines del siglo XIX hasta los años '40. En A. Balazote, M. Ramos y S. Valverde *La antropología y el estudio de la cultura* (39-50). Buenos Aires: Biblos.
- Lins Ribeiro, G. (1989). Descotidianizar, extrañamiento y conciencia práctica. Un ensayo sobre la perspectiva antropológica. *Cuadernos de antropología social*, 1, 65-68.
- Lischetti, M. (1994). La Antropología como disciplina científica. En *Antropología, Ciclo Básico*. Buenos Aires: EUDEBA.
- López Castro, N. (2020). Agricultura Familiar (Argentina, 2000-2019). En J. Muzlera, y A. Salomón (Eds.), *Diccionario del Agro Iberoamericano*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Teseo.
- Lupita, E. (2019). ¿Es la pobreza el verdadero problema? *Indymedia.org*. Recuperado de <https://argentina.indymedia.org/2019/10/20/es-la-pobreza-el-verdadero-problema/>
- Magan, M. V. (2020). Mensú. Misiones, Argentina 1870-1930. En J. Muzlera y A. Salomón (Eds.), *Diccionario del agro iberoamericano*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Teseo.
- Mallimaci Barral, A. I. (24 de abril de 2019). La mala inmigración en la Argentina. *Nodal.am*. Recuperado de <https://www.nodal.am/2019/04/la-mala-inmigracion-en-la-argentina-por-ana-ines-mallimaci-barral/>

- Maraggi, I. (2020). Conflictos territoriales y resistencia mapuche en Loma La Lata y Loma Campana, Neuquén, Argentina. *Boletín Geográfico*, 42 (1), 35-55.
- Margulis, M y Urresti, M (1999). *La Segregación Negada. Cultura y discriminación social*. Buenos Aires: Biblos.
- Menéndez. E. (2010). *La parte negada de la cultura. Relativismo, diferencias y racismo*. Prohistoria, Rosario, Argentina.
- Mignolo, W. (2003). *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*. Akal, Madrid.
- Orchani, F., Reese, E., Adelardi, A., López Cabello, A., Sabin Paz, M., Soberón, A., Rodríguez, V. de la Vega, L., Murua, F. y Vera Belli, L. (2019). *La profundización de la desigualdad social. Las reformas en trabajo y salud. Informe CELS sobre Derechos Humanos en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Perrot, D. y Preiswerk, R. (1983.) *Etnocentrismo e Historia*. México: Nueva Imagen.
- Quijano, A. (mayo-julio, 2013). El trabajo. *Argumentos*, 26(72), 145-163.
- Ratier H. (1972). *Villeros y villas miserias*. Buenos Aires: CEAL.
- Rau, V. (2012). *Cosechando yerba mate. Estructuras sociales de un mercado de trabajo agrario en el Nordeste argentino*. Buenos Aires: CICCUS.
- Rau, V. (2016). El trabajo agropecuario asalariado en la región yerbatera argentina. Imágenes de situación en datos cuantitativos. *Mundo agrario* 17(36).
- Re, D. y Jaramillo, V. (2014). Nuevos paradigmas legales: trabajadores rurales y trabajadoras domésticas. *Realidad Económica*, 292, 126-151.
- Reynares, J. M. (2017). Neoliberalismo y actores políticos en la Argentina contemporánea. *Perfiles latinoamericanos*, 25(50), 279-299.
- Ringuelet R. (coord.) (2013). *Temas y problemas en antropología social*. La Plata: EDULP.
- Ringuelet, R. (2008). La complejidad de un campo social periurbano centrado en las zonas rurales de La Plata. *Mundo Agrario*, 9(17).
- Ringuelet, R. (Comp.) (2000). *Espacio tecnológico, población y reproducción social en el sector hortícola de La Plata*. La Plata: EDULP.
- Ringuelet, R., Archenti, A. Salva, M.C., Attademo, S. (1991). Tiempo de medianero. *Revista Cuestiones Agrarias Regionales*, 6, 36-54.
- Roa, M. L. (2018). Injuria y Subjetividad. La constitución de subjetividades juveniles en los barrios periurbanos de Misiones. *Trabajo y Sociedad*, 30.
- Roa, M.L. (2017). *Juventud rural y subjetividad. La vida entre el monte y la ciudad*. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.
- Rodgers, G. (1992). El trabajo precario en la regulación del mercado laboral. Crecimiento del empleo atípico en Europa Occidental. *Colección Informes. Serie Empleo*, 26.
- Rosaldo, R. (1991). *Cultura y Verdad*. México: Grijalbo.
- Salva, M. C. (2013). Horticultoras, madres y cuidadoras: mujeres y subjetividad en espacios rurales. Ponencia presentada en IV Congreso Internacional de Investigación de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de La Plata.

- Sossa Rojas, A. y Brange Flores, A. (2014). Sujeto, Foucault y América Latina. Apuntes para una discusión. *Enfoques XXVI* (2), 99-117.
- Stolcke, V. (2010). ¿Qué tiene que ver el género con el parentesco? En V. Fons, A. Piella y M. Valdés, (Eds.), *Procreación, crianza y género. Aproximaciones antropológicas a la parentalidad*. Barcelona: PPU – Promociones y Publicaciones Universitarias S.A.
- Svampa, M. (2018). *Las fronteras del neoextractivismo en América Latina. Conflictos socioambientales, giro ecoterritorial y nuevas dependencias*. México: CALAS.
- Svampa, M. y Viale, E. (2014). *Maldesarrollo. La Argentina del extractivismo y el despojo*. Buenos Aires: Katz.
- Thompson, E. P. (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona: Crítica.
- Traglia, C. (2014). Nuevas conceptualizaciones del trabajo: procesos de articulación entre las políticas sociales y las políticas laborales en el mercado de trabajo yerbatero de Misiones, Argentina. *La Rivada*, 3, 1-15.
- Trpin, V. y Pizarro, C. (abril, 2017). Movilidad territorial, circuitos laborales y desigualdades en producciones agrarias de argentina: abordajes interdisciplinarios y debates conceptuales. *Revista Interdisciplinaria da Mobilidade Humana*, 25(49), 35-58.
- Villalón, A. (1999). De facilidades y restricciones. Políticas inmigratorias argentinas en los 90. *Travessia. Revista do Migrante* 12 (33), 33-37.
- Waisman, M. A. (2011). Superando dualismos: trayectorias socio-productivas en el abordaje de las transformaciones en la estructura social hortícola platense. *Mundo Agrario*, 12(23).
- Waisman, M. A. (julio, 2014). La intensificación del modelo productivo hortícola y sus implicancias en la dinámica territorial periurbana platense. *Ponencia presentada en el XI Congreso Argentino de Antropología Social*. Rosario, Facultad de Humanidades y Artes.
- Waisman, M. A. (agosto, 2012). Dime a quién le vendes y te diré quién eres... Relaciones entre actores relevantes y dinámica histórica en la comercialización de hortalizas en el periurbano de la ciudad de La Plata. *Ponencia presentada en las Jornadas Tierra y movimientos sociales en la Argentina: "A cien años del Grito de Alcorta"*. Rosario, Facultad de Humanidades y Artes.
- Wallerstein, I. (1984). *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI, vol. I*. Madrid: Siglo XXI.
- Wallerstein, I. (2004) *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos. La geopolítica y la geocultura del sistema-mundo moderno*. Madrid: Ediciones Akal.
- Wolf, E. R. (2005). *Europa y la gente sin historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Worsley, Peter (1984). *The Three Worlds: Culture and World Development*. Londres: University of Chicago y Weidenfeld and Nicolson.